

cieron de ella: y de terrones viles, que son por naturaleza, suban á ser Angeles por gracia.

»Defiéndenos, Señor; de los que en estas posesiones que nos diste, intentan quitarnos la vida; pues te consta que los difuntos no te pueden alabar y bendecir tu nombre en públicas solemnidades en los Templos; y tu amor no se halla sin la compañía y culto de los hombres.

»Pero nosotros, que aun gozamos la vida, te adoramos y bendecimos como á nuestro Dios en las juntas públicas de nuestras Sinagogas y Templos: y agradecidos lo continuaremos por toda la sucesion de las edades.»

Así cantó Jesús con sus discípulos; y de esta accion sagrada tuvo origen en la Iglesia entonar himnos á Dios en el sacrificio de la misa y en los oficios eclesiásticos; que todos son preparaciones para ella y parece deuda inescusable que siendo públicos los favores que Dios hace á su pueblo, sean solemnes las acciones de gracias que se rinden á su Benigna Majestad. De este ejemplo de Jesús manó tambien la piadosa costumbre que usan las religiones de dar gracias á Dios despues de haber comido, cantando salmos y preces, accion que miran los padres de familias que cuidan del temor de Dios en sus casas, instruyendo á sus hijos ó criados que al levantar las mesas, rindan gracias al Señor por haberles dado de comer.

CAPÍTULO XXII

VÁ JESÚS A GETSEMANÍ DONDE HACE ORACION A SU PADRE

TRES horas gastó Jesús en el Cenáculo, porque habiendo comenzado la Cena del Cordero á las seis de la tarde, cuando en el equinocio se pone el Sol, para celebrar con decencia acciones tan sagradas y hacer tan dilatado sermon á sus discípulos necesitó de aquel espacio. Salió pues, á las nueve de la noche y comenzó á caminar al Monte de las Olivas, entre el cual y Jerusalem se estiende el ameno Valle de Josafat, por cuya latitud corre el arroyo ó torrente de los Cedros, que en invierno lleva copia de agua, por el estio ninguna, y por la primavera, que comenzaba ya, trae moderada la corriente y llámase el Arroyo de los Cedros, porque con sus aguas cruza y fertiliza el campo, donde sobre raíces profundas con estaturas de gigantes, se levantan al Cielo innumerables cedros.

Pasóle Jesús con sus discípulos como en otro tiempo David huyendo de Absalon su hijo, y llegó á una villa ó granja llamada Getsemaní que en Hebreo significa Valle de Aceite, por estar situada á las raíces del Monte de las Olivas, y beneficiarse allí

gran copia de aquel licor. Un poco más adelante estaba como un tiro de piedra, apartada de la granja, una huerta solitaria; dijo pues, Jesús á Pedro, Diego y Juan, que fuesen á ella con él, y á los demás Apóstoles ordenó se quedasen en Getsemaní, mientras él se retiraba en aquella selva á hacer oracion á su Padre; encargándoles se empleasen con más fervor en ella, implorando los auxilios soberanos para salir con victoria del combate que ya les esperaba.

Habiendo pues, entrádose Jesús en la huerta con sus tres queridos Apóstoles, y estando en aquella pavorosa soledad entre el formidable silencio de la noche y sombras de los árboles, asistido de sobresaltos y amenazas horribles de peligros, que con semblantes lóbregos y enojados ceños, se le entraban por las salas de su imaginacion; comenzó á entristecerse y padecer mortales congojas, mezcladas de desmayos y desalientos como si le faltara aun el valor y fortaleza natural, porque él mismo como tranquilo y absoluto dueño de su espíritu, voluntariamente despertó en su alma estas pasiones, para sentir en lo interior de ella los tormentos que la podian acongojar, comenzando por estos su Pasion para que la prosiguiesen los dolores que le habian de causar las impías manos del Judío y del Gentil. Y articulando apenas estas voces dijo á sus discípulos:

«A vosotros como más obligados de mi amor he querido traer á mi lado, para que me hagais compañía en esta soledad, á donde no ven mis ojos más que sombras y representaciones de morir: figuradas tan al vivo en las ideas de mi espíritu, que es maravilla no quitarme la vida, pues tienen armas propias para despojarme del vivir: y para que me causen más espanto, siento el alma desarmada de su antiguo vigor y expuesta á los golpes duros del asombro que imprimen en ella los tormentos, las ignominias y muerte afrentosa que me aguardan; y casi la experimento ya con las congojas y fatigas que suelen sentirse al espirar. Estaos aquí un rato, que me consuelo con imaginar que os tengo cerca de mí; que yo quiero entrarme en lo interior de este bosque, á hacer oracion á mi Padre.»

Dió algunos pasos adelante Jesús; pero tan pocos que podian los tres Discípulos advertir y notar lo que hacia su Maestro en la oracion, especialmente siendo entonces plenilunio cuando la Luna bañada enteramente del Sol, como Sol de la noche la convierte en dia. Habiendo pues, llegado Jesús al sitio que eligió para oratorio, elevando cuanto le fué posible su espíritu á los motivos soberanos con que comprendia aquella accion, se hincó primero de rodillas y luego se derribó sobre su rostro hasta la tierra, tocándola con él: y en forma de tan profunda humildad, culto sagrado y reverencia cordial, comenzó entre suspiros y lágrimas á orar á su Padre y le dijo:

«Padre: aunque ocupada toda el alma en deseos de morir, cuando mira á tus decretos, solo te representa obediencias y rendimientos á tu voluntad: mas por el lado que confina con la carne la acongoja y aflige en sumo grado la dolorosa muerte que le aguarda; y con permisiones tuyas, se me han entrado ya has-

ta ella los tormentos y afrentas, las espinas y clavos de la Cruz, que no los experimentaré más crueles, si los llevo á padecer. Oprimido de representaciones tan funestas, puedo decir que estoy ya muerto: y en tribulacion tan rigurosa, ¿ á quién acudiré sino á mi Padre, en especial siendo quien lo puede todo? Con esta confianza de Hijo tuyo, en tan mortal aprieto me pongo á tus piés, y atravesando los empeños del amor que me tienes te suplico, quó sí en los secretos de tu Sabiduría y Providencia cabe la posibilidad de que no muera, me lo otorgues: pero si con última inmovible resolucion tienes decretada otra cosa, no se haga lo que te ruego aunque con lágrimas, sino lo que has acordado en tu consejo.»

Habia en Jesús dos naturalezas, Divina y Humana, aunque sumamente unidas, no mezcladas ni confusas entre sí: y siendo ambas intelectuales, cada una de ellas gozaba distinta y propia voluntad. Tenia, pues, Jesús dos voluntades, Divina y Humana: la Divina, era la misma del Padre y del Espíritu Santo; porque siendo las tres Divinas personas de una misma naturaleza, preciso es que tengan una indivisa voluntad: por donde el Verbo, que es Cristo Jesús, en cuanto Dios, quiere y determina lo mismo que quieren y determinan el Padre y el Espíritu Santo sin diversidad en el consejo, ni el querer; y por esta causa Jesús, en cuanto Dios, de la misma manera queria padecer, que lo queria el Padre y el Espíritu Santo: sin que la pasion tocase en su Divinidad, como ni en la del Padre, ni en la del Espíritu Santo; y así en esta oracion de Jesús, no habló la voluntad Divina que gozaba; porque esta no sabe entristecerse, temer, ni pedir, sino decretar.

Oraba pues, la voluntad humana de Jesús, propia de la naturaleza de hombre que tenia; y como por su origen estaba sujeta á pasiones y tormentos, le tocaba tambien la facultad de implorar socorro y alivio á sus fatigas. Pero la voluntad humana de Jesús, aunque en sí no era más que una, tenia dos calidades diferentes: segun la primera, se llamaba voluntad natural: conforme la segunda, voluntad libre y racional; la natural atendia solo á la indemne conservacion de la naturaleza y del sugeto; la libre y racional con luz más generosa y clara, contemplaba lo que le dictaba la razon, unida siempre á la Divina voluntad, á cuyo semblante mira la razon criada como á su señora.

Jesús pues, habiendo voluntariamente escitado en su voluntad natural las pasiones de la congoja y tristeza, con el movimiento de la actividad de estos afectos, prorrumpió en apeto de la conservacion de su naturaleza, apartando de sí la muerte y Cruz que le esperaba como destructivos del sugeto. Armóse al punto la voluntad racional y libre de Jesús, y fijando la vista en la Divina, propia de las tres personas Padre, Hijo y Espíritu Santo; reconociendo posible en ella decreto diferente, corrigió la peticion de la voluntad natural y concertóla con el reloj de la Divina, diciendo al Padre: «Pero no se haga mi voluntad, esto es, la natural, sino la tuya, la Divina que tambien es mia, segun la forma de Dios en que soy una misma cosa contigo.»

Hecha esta oracion, sin sentir consuelo en ella la interrumpió Jesús, y por ver si experimentaba alguno con la vista y conversacion con sus Discípulos, se vino para ellos, pero en vano, porque los halló durmiendo, tendidos por el campo; y era la causa que el peso de la noche, el cansancio del dia en que habian ido á pié del Monte de las Olivas á Jerusalem y vuelto poco antes de Jerusalem á Getsemaní; y sobre todo, la suma tristeza de ver á su Maestro en trance tan terrible, del cual necesariamente les resultaria fracasos lastimosos, les habian sepultado las almas en tan profundo sueño, que les hizo olvidar las atenciones, asistencias y decoros, que debian á Jesús.

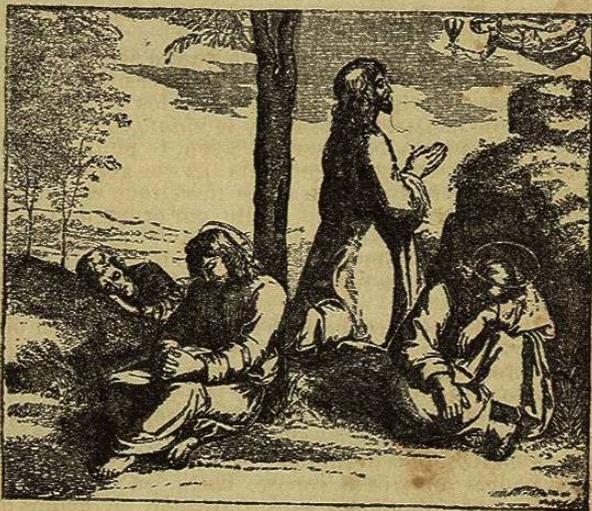
Despertólos él; y llegándose á Pedro como más empeñado en las valentías de defenderse, amorosamente le reprendió: «Simon, le dijo; ¿ es cierto que dormias? Imposible me pareció que en esta coyuntura te pusieses despacio á reposar, viéndome en conflicto tan horrible cercado de tristezas y congojas tan mortales: ¡ así que una sola hora no has podido acompañarme estando en vela para ocurrir á lo que me pudiera suceder y defenderme! ¿ Estas son las valentías y finezas que me asegurabas de ir conmigo á la cárcel y á la muerte? ¿ Para qué tiempo fueron sino para esta ocasion, cuando á diligencias de Judas se están armando escuadrones de Judíos contra mí? »

»Lo mismo que á Pedro, entendió que os digo á vosotros, Diego y Juan; de cuyo amor fio más, cuando os traje á mi lado para alivio de mis penas: mas pues os duelen tan poco mis pesares, cuidad por lo ménos del peligro que correis, si esta tribulacion os halla desapercibidos; así os aconsejo que veleis y os pongais (sacudiendo de vuestros ojos el torpe sueño) en oracion, porque no os derribe ni ahogue la tempestad que brevemente os ha de acometer: pues aunque entendais que vuestro espíritu está pronto para la pelea, y que en tocándole el arma viva acudiré con valor á lo que debe; no podreis negar que la carne es frágil, y que cobarde se allana con facilidad á bastardías: y esta flaqueza de la humanidad ha de compensarse con los socorros Divinos, que en la vigilancia negocia la oracion.»

Dejando así despiertos y amonestados á los Discípulos, se volvió Jesús á lo interior de la arboleda, y segunda vez hizo la oracion misma á su Padre, suplicándole si era posible, le escusase de beber el caliz de su Pasion: pero que no se ejecutase lo que pedia, si no se ajustaba enteramente á su voluntad. Pasado largo espacio de oracion, vino otra vez á sus Discípulos, á los cuales halló durmiendo, como la primera; porque era importuno el sueño que les ocupaba las facultades sensitivas. Los despertó Jesús y los avergonzó, afeándoles su negligencia: y habiéndolos exhortado de nuevo á la oracion, volvió tercera vez á proseguir la suya: repitiendo lo que en las dos antecedentes habia representado á la clemencia de su Eterno Padre.

Mas en esta ocasion acrecentó la instancia y vehemencia en el pedir, de suerte que puesto en mortales agonías las congojas del alma brotaron de sus senos con tan impetuosa violencia, que pareció haberle roto los poros y las venas, corriendo de su Sa-

grado cuerpo hilos de sangre tan copiosos, que despues de haberle teñido las ropas, bajaron á regar la tierra. ¡Maravilla grande! Pues cuando el corazon acometido de pavores recoge en sí la sangre para abrigarse con su calor y fortalecerse con su orgullo, el alma de Jesús, que mientras más agonía experimentaba era más de Redentor, despidió los alientos de la suya, los apartó de sí como soldados auxiliares, de quienes no queria valerse en la ocasion; y así descartados de sí mismo, los presentó, como oblacion la más preciosa á su Padre; haciendo prueba, de que el asombro de la muerte no le impedia derramar por su obediencia, á amor del hombre, su vida. En tal ocasion, se apareció en forma visible Gabriel, Soberano Espiritu, bajando de los Cielos, que le confortó diciéndole:



«¡Oh, Jesús Dios y Señor mio! ¡Oh tú, el más fuerte y valeroso de los hombres: la oracion que has hecho á tu Padre le ha sido de sumo agrado; pues cuando el natural horror y espanto de morir te tiene tan oprimido, que llegas á derramar en vez de sudor helado sangre ardiente, te resignas por entero en su voluntad, para padecer la muerte que te tiene decretada; aparta pues de tu alma esos asombros, tristezas y desmayos que voluntariamente despertaste en tí, para hacer más sensible tu Pasion: vístete ya de ánimo heróico y fortaleza Divina que gozas; y con magnímano valor emprende la grande obra de la Redencion del hombre, con que alegrarás á los Angeles; reparando sus ruinas

en la Celestial Jerusalem, rescatarás los hombres, cuyo pariente mayor eres, desde que hiciste su naturaleza propia tuya; librándolos de los tormentos del Infierno y haciéndolos consortes de tu Gloria.

»Abrazate pues, generosamente con la Cruz que te previene tu Padre, poniendo la vista en el gozo que te causará ser autor y consumidor de la Fé de muchos, que á tu ejemplo derramarán su sangre por la exaltacion de tu nombre y Evangelio: así obrarás que Pedro, Diego y Juan, estos que ahora ves tan soñolientos; Pablo, Andrés, Filipo y los demás de tu colegio, Estéban, Laurencio, Vicente; y (lo que será portentoso propio de tu Iglesia) las delicadas Vírgenes, Catalina, Inés, Cecilia, Agueda y otras sin número, acometerán á las coronas del martirio y las arrebatarán violentas, hollando la espantosa familia de la muerte en las ruedas, en las espadas, en los potros y en los fuegos; triunfando con palmas inmortales de los Monarcas del mundo y Potestades del Infierno.

»Bien alcanzo que tú, Señor, harás lo que te estoy proponiendo, aunque no te exhorte yo; porque no necesitas de que un criado de tu casa te fortalezca, cuando yo y los de mi gerarquía recibimos de tí la constancia, el sér y la vida: ¿y cuáles razones ó motivos para entrar valeroso en tu Pasion, te pudiera mi ignorancia proponer, que tú con la más alta luz que gozas no tengas ya comprendida? Pero suplíctote no te desagrade este linage de obsequio que te hago, viniendo á ello por orden de tu Padre, pues si por tener el alma segun la parte inferior, combatida de congojas tan mortales, como prueba ese sudor, no te desdenas de buscar consuelo en tus Apóstoles, no te agraviarás de que te lo den los Angeles.»

Desapareció Gabriel, y se levantó Jesús de la oracion oido el decreto de su Padre, y armándose el arnés de su valor de que al parecer se habia desnudado por entonces, se puso en pié con ánimo y fin de presentar al Infierno la batalla y vencer en campo abierto á Satanás, despojándole de la Monarquía de la muerte que tiránicamente poseia sobre el mundo. Vino tercera vez á sus discípulos y hallándolos dormidos les dijo: «Dormid ya con sosiego, bien podeis volveros al reposo: basta, ya se ha llegado la hora y dentro de un momento seré entregado en manos de los pecadores; levantaos y salgámoslos á recibir, porque ya se acerca el que me ha de entregar á los Judíos.»

CAPITULO XXIII

PRENDEN LOS JUDÍOS Á JESÚS

RA ya el punto de la media noche y comenzaba el día natural del viernes según el cómputo de los Romanos que generalmente abrazaron las naciones, porque Jesús había ocupado tres horas en venir del Cenáculo á Getsemani y hacer tres veces oración con el espacio que pedía la mortal congoja con que suplicaba á su Padre pasase de él si era posible aquel amargo cáliz, y este género de petición se repetiría y multiplicaría muchas veces, que todas parecerían pocas á la mortal congoja y agonía que padecía. Y pudo entenderse que con estudio repartía las acciones principales de su Pasión y Muerte, de manera que cada una ocupase tres horas, porque en obra tan Divina se fuese entretegiendo el Soberano Ternario, que en el Cielo compone la Trinidad de personas á quien entonces satisfacía Jesús.

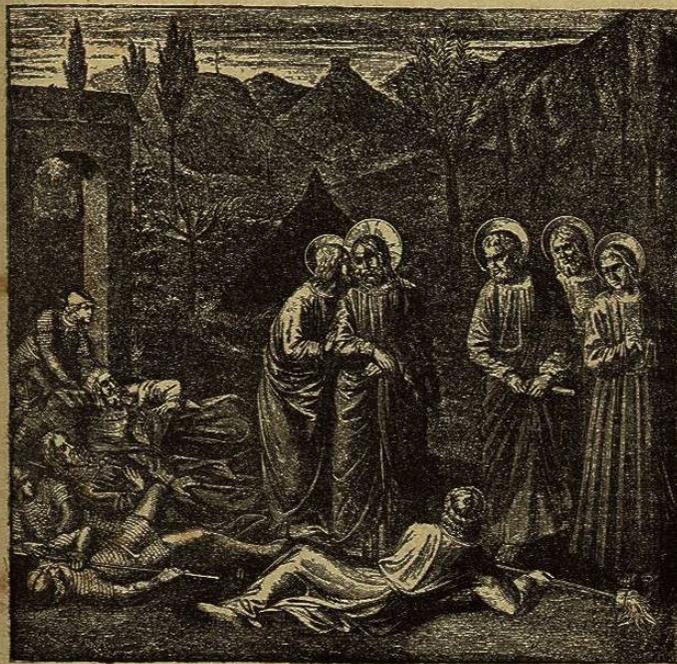
Llegó Judas al Huerto en que estaba ya el Señor con sus Apóstoles, y vino á él acompañado de soldados y ministros de justicia para prender en aquella soledad como á facineroso á Jesús, porque sabía el pérfido discípulo el lugar donde acostumbraba su Maestro juntarse con su Colegio las noches; y era así, que habiendo gastado los días en la predicación de su Evangelio en la ciudad, batallando con los Escribas y Fariseos sobre la legítima inteligencia de la Ley en anocheciendo se recogía al Monte de las Olivas ó á Getsemani á dar algún alivio á su cuerpo y pasar las horas del sosiego con su Padre en oración.

Habiendo pues, cinco horas antes salido Judas del Cenáculo, despechado y furioso de que Jesús hubiese revelado su traición á Juan y Pedro, se fué al Sumo Pontífice Caifás, y á los Príncipes de los Sacerdotes con quienes el día antes había capitulado la prisión y les pidió gente de guerra y ministros de justicia para ejecutarla, encareciéndoles la oportunidad que se les ofrecía de prenderle sin tumulto popular. Diéronle los Príncipes el aparato que pedía, y acompañado de soldados y alguaciles, escribanos y Sacerdotes de los más principales que gustaron de venir en persona al prendimiento, y prevenidos todos de armas, de hachas de luz y de linternas, llegó el infeliz apostata á Getsemani, donde no hallando á Jesús pasó á la huerta en la cual estaban ya los ocho Apóstoles que Jesús había dejado en Getsemani, porque al ruido de las armas y estruendo de la gente conocieron que venían á prender á su Maestro, y así corrieron, no tanto á defenderle de las hostilidades del traidor y sus ministros como á abrigarse de su furor á la sombra de Jesús.

Judas, capitán de aquellos impíos, previniendo no se causase alboroto si acometiesen los soldados confusamente á los Após-

toles, concertó con los oficiales de los Pontífices ir delante y que no se embarazasen ellos con ninguno, sino solo prendiesen á quien él les señalase dándole un beso de paz en el rostro, ceremonia política que usaban los Hebreos con los parientes ó amigos del alma, en demostración de caridad, valiéndose el sacrilego de las señas del amor para ejecutar el ódio más cruel. Esta fué la señal que dió Judas á los soldados, advirtiéndoles que en prendiendo á Jesús le llevasen con cuidado, porque no se les deslizase como lo había hecho en otros trances y se les desvaneciese la ocasión, atento el siempre á no malograr el lance de los treinta dineros concertados.

Con este asiento fué Judas armado de furor y de locura delan-



te del ejército que lo iba de espadas y alabardas, y entrando en la huerta reconoció al Señor, ya con la claridad de la noche que era en luna llena, ya con la luz de las hachas y linternas, y llegándose á él le dió beso de paz en la mejilla diciéndole «Dios te salve, Maestro.» Reconyínole mansamente Jesús:

«Amigo, ¿á qué has venido? Dime, Judas, ¿con un beso de paz que es muestra de amor y caridad me entregas á mis enemigos para que me quiten la vida?» Enmudeció el apóstata, porque la mansa pregunta de Jesús fué para él reprension intolerable, en cuyas sílabas con severísimas intimaciones le acusó y condenó la sacrilega alevosía que con él usaba, y le representó en el teatro del alma cuán caro le habia de costar aquel atrevimiento que tan mal seguro cometía.

Confuso de su temeridad y estropeado de su conciencia, Judas se volvió (palpitándole el corazón y cabiéndole apenas en el pecho) al escuadrón de soldados que habia traído con más orgullo que sentía ahora, apagada en gran parte la llama del enojo y frenesí y convertida en pavesa que humeaba solo espantos y tristísimos pavores, porque desde aquel momento infausto comenzaron las palabras de Jesús como cauterio fuerte á labrarle el corazón, descubriéndole cuánto bastaba para atormentarle, la fealdad espantosa del pecado que estaba cometiendo con peligro cierto de eterna condenación; y valiéndose de este conocimiento Satanás, le comenzó á dar desesperados torcedores, inclinándole con sus gestiones vehementes á que de grado se despidiese de la Gloria, pues habiendo vendido al dueño de ella era inexcusable verse lanzado de ella por violencia. Contentándose pues, el desdichado de haber entregado á Jesús con aquella demostración á los Judíos, con el ahogo mortal que padecía se retiró á proseguir el sacrilegio.

Debieran los ministros y soldados correr entonces á aprisionarle; pues ya Judas se le habia dado á conocer y puesto en las manos; pero obraron solamente lo que les consintió Jesús, que nunca perdió el señorío sobre sus agresores aun cuando se permitía maltratar, y sabiendo cuánto le habia de acontecer de trabajos, injurias y tormentos, quiso como dueño de su Pasión disponerla de suerte que experimentasen los verdugos, que aun cuando le quitaban la vida, obraban más como ministros de su permisión que del imperio y voluntad de sus señores.

Con este acuerdo detuvo Jesús el furor de los soldados y de Judas entre ellos, y estando inmóviles salió con paso sereno á donde estaban y con Majestad les preguntó: «¿A quién buscáis?» Respondieron: «A Jesús Nazareno.» Si entonces le conocieran: «A tí buscamos,» hubieran respondido; pero les infundió Jesús cierto linaje de oscuridad en los ojos, con que teniéndole delante y á tanta claridad, como la de Luna en lleno de su luz, la de las hachas y linternas, habiéndosele mostrado Judas con el ósculo de paz y conociéndole de rostro los Sacerdotes, los Fariseos y criados de los Pontífices, que cada día le veían en el Templo predicando, no advirtieron que le tenían presente, convencidos Jesús con esta prueba que sin provecho eran las trazas del pérfido discípulo para prenderle, si él no gustara de padecer aquella muerte.

Respondióles pues, Jesús: «Yo soy.» A esta voz, como si de sus labios se hubiera desatado algún volcán impetuoso que los hubiese violentamente derribado cayeren todos de espaldas, y

entre la sacrilega tropa el mismo Judas; pudiendo quedar aniquilados como quedaron rendidos. Concedióles Jesús que cobrasen nuevo aliento, y concibieron ellos audacia nueva también. Se levantaron y les requirió segunda vez Jesús: «¿A quién buscáis?» Le respondieron con el descaro de antes: «A Jesús Nazareno.» Sin que demostración tan prodigiosa bastase á mejorarlos siquiera con el espanto de la ruina que ya no tanto temían como experimentaban en sí mismos. Pero á una porfiada obstinación las luces más vivas y despiertas se pasan á ser noche tenebrosa y lamentable. Respondióles pues, Jesús: «Ya os he dicho que soy yo y pues á mí solo buscáis, y la batalla no es más que contra mi persona, dajad, así os lo mando, que vayan libres adonde gustaren estos mis discípulos, y prendedme solo á mí; este es el tenor de mi decreto.»

Dijo esto Jesús á los ministros en cumplimiento de lo que pocas horas antes en el Cenáculo habia protestado en la oración que hizo á su Padre. Que de los que le habia entregado no habia perdido ninguno; porque á no haber comprimido á los soldados y templádoles el furor conque vinieron, hubieran sin duda acometido á los Apóstoles, y puéstolos en cadenas como á familiares suyos, y aun quitádoles furiosamente la vida; y negándole ellos, como despues con ocasión menor le negó Pedro que parecía el más constante, perdieran con la vida del cuerpo la del alma. Acudió pues, Jesús como buen Pastor á librarlos de aquel riesgo y obedecieron los soldados á la orden que les dió; siendo esta sujeción en ellos mayor argumento de su Divinidad, que cuantas prontitudes á su imperio habian mostrado las enfermedades, los golfos y elementos.

Entonces los que acompañaban á Jesús, viendo tanto número de gente armada, y cobrándose algun tanto del asombro que les habia causado el estruendo militar y la confusa vocería de ministros; previniendo el lastimoso fin que habia de tener la prisión de su Maestro, le dijeron: «Señor, ¿es tiempo ya de que nos valgamos de las armas, que con beneplácito tuyo apercibimos? Podremos ya herir á estos sacrilegos con las espadas que nos mandaste prevenir?» Mientras los demás Apóstoles consultaron sobre su defensa á Jesús; Pedro como más fervoroso en amarle, impaciente ya de sus agravios, sin esperar su respuesta ó consentimiento, sacó la espada y dió con ella un fiero golpe á un criado del Pontífice Cayfás llamado Malco, y tirando á partirle la cabeza, le cortó la oreja derecha.

Viendo esto Jesús y que se reducía á batalla lo que se habia de negociar con mansedumbre, dijo á sus discípulos: «Basta, lo que sin mi consejo habeis obrado hasta aquí, no paseis más adelante.» Trató luego de curar á Malco la herida, y tocándole la oreja le sanó. Volviéndose entonces á Pedro le dijo: «Retira á la vaina tu espada, y advierte que cuantos usaren del acero con violencia, perecerán á sus filos; si me has querido defender como soldado, dime, ¿qué determinabas? ¿Por ventura no quieres tú me beba el cáliz de la Pasión que mi Padre con tanto acuerdo me tiene preparado? ¿O imaginas que si tratara yo de defender-

me no podía rogar á mi Padre, que de la milicia de los Cielos me enviase más de doce Legiones de Angeles, y al momento bajarían á hacerme cuerpo de guardia? Pero si yo me valiese de estos medios y escusase el morir á manos de los Judíos, ¿cómo se cumplirían las Escrituras donde está profetizado que conviene muera yo con estas circunstancias, por la salud eterna de los hombres.»

Corregido Pedro con esta moderacion, se volvió Jesús con grave Majestad á las tropas de soldados y ministros de justicia, y principalmente á los Sacerdotes y Magistrados del Templo, que tenían á su cargo los soldados que le guardaban Ancianos y Consejeros del gran Consejo Sanhedrin; que vivamente picados del cáncer de su rencor se empeñaron en una vileza tan indigna de su autoridad, como venir en persona por aquellas soledades y arboledas tan de noche, á la prisión de Jesús y les dijo: «Como á ladron ó salteador de caminos me habeis tratado viniendo á estas horas, con tanto ruido de armas y aparato de luces á prenderme entre estos montes. A menos costa lo pudiérais haber ejecutado en el Templo, donde cada dia desde la mañana hasta la puesta del sol estaba predicando entre vosotros; entónces no me aprisionásteis pudiendo hacerlo con tanto facilidad; lo haceis ahora, cuando os cuesta haberos desvelado y ajar vuestras dignidades, mezclándoos y haciendo un cuerpo con alguaciles y verdugos. Pero no habeis podido disponer de otra manera mi prision; porque no habíais tenido licencia para ejecutarla en otro tiempo. Esta es vuestra hora y de las potestades del Infierno, con quienes venis confederados, y ahora podeis saciar en mí vuestro furor.» Todo esta aconteció para que se cumpliesen los Oráculos de los Profetas, que así lo habian pronunciado.

Representó Jesús en su persona un admirable ejemplar de la paciencia cristiana que no pelea con los contingentes adversos, como de la constancia estoica blasonaron los filósofos; estos como faltos de luz, sino ya de todo punto ciegos, en los casos áspersos que les acontecian, no consideraban más que el ardimiento con que emprendian aquellos derrocarlos de la paciencia y la constancia, castillos y fortalezas nobles y heróicas en que preside y se ampara la razon. La cristiana paciencia eleva el semblante y contempla en la adversidad la divina mano, á cuyo impulso y movimiento se sujeta, empleándose toda en sufrir, no las hostilidades del Demonio, que antes las trata como amigas, sino al mismo Dios, cuya amorosa providencia las dispone. Y á esta luz Jesús no haciendo caudal de los Judíos y Demonios conjurados contra él, solo atendia y adoraba las divinas permisiones.

Entonces los Ministros de Justicia y gente de guerra (que todo aquel tiempo desde que se levantaron del suelo la segunda vez habian estado oyendo á Jesús con las armas en las manos sin poderse mover de sus lugares) teniendo ya permiso del mismo Jesús para prenderle, llegaron á él con atrevido y furioso desacato y le ataron las manos como á ladron, torcidos los brazos á la espalda, con el rigor y violencia que les enseñaba el Demo-

nio, cuyos instrumentos eran y á que les movia el ódio cruelísimo con que le detestaban los Sacerdotes y Magistrados que en aquel sacrilego concurso los instigaban ardientes que la prision se hiciese sin piedad, para que seguramente le llevasen á la presencia del Pontífice que ya le esperaba en consistorio, no aconteciese burlarlos deslizándose de sus manos como habia hecho en otras ocasiones.

Los discípulos de Jesús, atónitos con el pavor y asombro de lo que veian ejecutar en su Maestro, juzgándole vencido ya y prostrado á la voluntad de los Judíos y que no podria librarse de sus manos, considerando que asistirle á él no era de provecho y á ellos podia ser de grande daño, turbados le desampararon todos y huyeron veloces á poner en salvo sus vidas: fiando su conservacion, más que de la palabra de Jesús y orden que habia dado á los Judíos, de que no los maltratasen, de las soledades y los montes; llevándose consigo la fé de la Divinidad de Jesús que nunca despidieron de sus almas; si bien pecaron gravemente, faltando á la confesion de esa misma Divinidad y fé de su Maestro en trance de tanta obligacion como peligro.

Aconteció en esta coyuntura que un mancebo que con simple curiosidad salió de Getsemaní ó de alguna casería de aquel valle, se llegó cerca del tropel de la gente á ver lo que pasaba; pero los soldados poniendo en él la vista le siguieron hasta echarle mano, mas él que por ventura se habia levantado de la cama al ruido, iba cubierto solo de una sábana, la cual dejó en manos de los que le habian prendido y desnudo se les escapó; mostrando la Providencia en este contingente de qué manera trataran á los discípulos de Jesús si no se les hubiera limitado á su furor la potestad, pues luego que se les puso á tiro el jóven que no estaba amparado del decreto de Jesús, juzgando pertenecer á los de su familia, acometieron á quitarle la vida siguiéndole furiosos por las breñas.

CAPITULO XXIV

PRONUNCIA SENTENCIA DE MUERTE CONTRA JESUS EL PONTÍFICE CAIFÁS CON SU CONCILIO

INMEDIATAMENTE que Judas saliendo del Cenáculo á poco mas de las siete de la noche, fué á dar noticia á Caifás de la comodidad que tenia para prender á Jesús sin movimiento popular, y le pidió soldados y Ministros; habiéndole despachado el Pontífice, convocó en su palacio los Sacerdotes, Magistrados y ancianos del pueblo de que constaba el Gran Concilio Sanhedrin para juzgar en su compañía el proceso y delitos de Jesús, que por introducirse Hijo de Dios y su Profeta, pertenecia á aquel Consejo. Y esta fué la ter-

cera y última vez que se congregó el Concilio para examinar y definir las causas de Jesús.

Habiéndole pues, aprisionado en Getsemaní los Ministros que había llevado Judas, sin detencion se pusieron todos en camino de Jerusalem para presentar á Jesús en los Estrados de Caifás, ejecutando por todo él en su persona crueldades increíbles, de golpes, bofetadas, puntapiés, remesones de barba y de cabellos, contumelias y blasfemias aprendidas de Lucifer. Entraron en la ciudad, y por estar al paso el palacio de Anás que había sido sumo Pontífice de la Sinagoga y era suegro de Caifás, por guardarle este decoro subieron con Jesús á su presencia, si bien no fué aquel el principal motivo de presentar á Jesús á los ojos de Anás; sino que Judas, gobernador de aquel ejército, lo dispuso así, porque en el Concilio que el miércoles, dos dias antes, celebraron los Sumos Sacerdotes cuando Judas entró á vender á su Maestro, Anás se mostró mas que los otros sangriento y cruel contra Jesús, y habiendo el Consejo prometido al traidor treinta reales de á cuatro si cumplía lo capitulado, Anás se obligó á dárselos. Habiendo pues, Judas puesto por obra su promesa, llevó á Jesús a casa de Anás, así por el respeto que se le debía, como principalmente para ejecutarle por el concierto y cobrar de él aquellos reales.

Alegróse grandemente Anás de ver á Jesús aprisionado. Le trató con aspereza como á sedicioso, blasfemo y engañador de la plebe; y juzgando que le hacian lisonja sus criados, le cargaron pesadamente de injurias, diciéndole gravísimos oprobios. Ordenó entonces Anás que se entregasen á Judas los treinta reales del contrato que para este efecto había mandado traer del gazofilacio ó caja donde se entraban las limosnas que para la fábrica del Templo y culto del Altar ofrecian los fieles, calificando la prision de Jesús por el más sagrado obsequio á Dios. Entregado Judas del dinero cuya codicia le había movido á tal insulto, no prosiguió con la prision de su Maestro, ni fué con él al palacio de Caifás. Gastóse en esto algun tiempo; y Anás, advirtiendo que la causa de Jesús pertenecía al Pontífice y Concilio, no pudiendo él ir en persona por su mucha ancianidad y ser ya cerca de la una de la noche cuando apretaba con rigor el frio, se le remitió preso con orden suya y relacion de lo que en su casa había sucedido.

Caifás teniendo á Jesús presente en forma de reo, le habló como Juez: «Graves crímenes, le dijo, te imputan, de que has sido acusado en mi tribunal no pocas veces; pero usando de moderacion y de prudencia me ha parecido no ejecutar en tu persona los últimos rigores, contentándome con apagar el orgullo con que te introduces superior aun á nosotros, en quien reside la suma potestad que concedió Dios á Moisés y á Aaron para gobierno de su pueblo, y si hemos de creer todo lo que contra tu persona se ha delatado en este Pretorio, no solamente á nosotros sino á nuestro Legislador Moisés y aun á nuestro grande Patriarca Abraham, dicen que te aventajas y prefieres haciéndote y predicándote con libre desahogo Hijo de Dios, consustancial á él y de su misma Eternidad.

»En órden á componerte se han despachado edictos generales y héchose otras diligencias que segun parece te han empeorado, pues estos dias vecinos á la Pascua en concurso del pueblo de Israel y de todas las naciones que han venido á su celebridad, con más libertad que nunca has predicado en el Templo materias que han escandalizado á los doctos y á los temerosos de Dios y celadores de su honra. Por estas razones ha parecido inescusable traerte á la presencia de este gran Concilio, donde asisten los más sábios Doctores de la Sinagoga, para examinar con seriedad y rectitud lo que predicas, en especial de tu persona y lo que de ella sientes, y así te mando que nos des razon de la doctrina que enseñas y de los discípulos que instruyes.»

Respondióle con mansedumbre Jesús: «Yo siempre he predicado en público y con claridad; siempre enseñé mi doctrina en la Sinagoga y en el Templo, donde todos los Judíos se juntan á oír la palabra de Dios y entender los misterios de las Divinas Escrituras, y nunca enseñé en lo escondido ó retirado de los ojos y exámen de los hombres. Siendo esto tan notorio, ¿que me preguntas por mis discípulos y doctrina? ¿Y qué necesidad hay de que yo declare en este Consistorio lo que siempre he enseñado con tanta publicidad y á tan despierta luz al mundo? Mas si con todo esto quieres tener mayor conocimiento de mi predicacion, infórmate de los que han oido mis sermones, que ellos saben lo que he enseñado yo, ni puede haber testigos tan jurídicos como los que en tan varias ocasiones me han oido.»

Habiendo dicho esto Jesús, uno de los Ministros del Pontífice levantó la mano y le dió una cruel bofetada diciéndole: «¿De esta manera respondes al Pontífice?» Mas reconvinóle con ánimo y semblante sereno Jesús: «Si hablé mal, á tí te constituyo Juez, ¿muéstrame en qué? Y si bien, ¿por qué me hieres sin razon?» Paciencia tenia Jesús para sufrir con manso silencio aquel dolor; pero importaba que con tan grave ejemplo en su persona interpretase la Ley que había intimado en su Evangelio cuando dijo: «Al que te hiriere en una mejilla vuélvele la otra para que te la maltrate tambien;» mostrando ahora que leyes semejantes logran su ejecucion medida con las del tiempo y la prudencia con la pronta disposicion del ánimo á ponerlas por obra, segun el sonido material y lo que dá á entender la corteza del precepto si conviniere así á la Gloria de Dios; pero que cesando esta causa, no es precisa su literal observacion.

Frustrado el Pontífice de la esperanza que había concebido de hallar en la respuesta de Jesús ocasion de calumniarle, él y los demás consejeros entraron en deseos de introducir algun testimonio falso contra él que tuviese verosímil apariencia de verdad, para condenarle á muerte; pero no pudieron hallarle, aunque muchos testigos sobornados é inducidos llegaron á deponer contra Jesús; porque no concertaban los unos con los otros; y deposiciones singulares, no convencen la malicia ó la inocencia, y considerando los del Concilio que su sentencia, siendo de muerte, para ejecutarse había de ir á los estrados del Presidente Ro-

mano, ponían límite al furor y afectaban parecer que habían obrado con justicia y rectitud.

Habiendo por estas atenciones no admitido testigos falsos, no pocos; y estando ansiosos de hallar otros de más cuerpo y sustancia, vinieron al consistorio dos y dijeron: «Nosotros oímos á este hombre decir en público: «Yo tengo poder para destruir el Templo de Dios y reedificarle en espacio de tres días.» Y declarándose más dijo luego: «Yo desharé este Templo que labraron manos de hombres, y en tres días levantaré otro en que no las hayan puesto artifices humanos, y esto á su parecer tenía especie de horrible sacrilegio, por la parte que tocaba en demoler con su propia autoridad el Templo Santo de Dios y de superticiosa vanidad, en prometer levantar otro Santuario milagroso sin que manos humanas interviniesen en la fábrica.» Callaba á todo Jesús; despreciando con su silencio la calumnia, mostrándola así indigna de respuesta ni satisfacion.

Mas el Pontífice que con la ánsia de hallar causa para condenar á Jesús, juzgó ser aquella suficiente por contener temeridad irreligiosa contra el Templo; viendo que Jesús no se alteraba oyendo la deposicion, encendido en cólera se levantó con indecencia de su Trono, y llegándose á él en medio del Concilio, turbado é iracundo le dijo: «¿No respondes á la acusacion que estos te hacen de violador del Santo Templo de Dios, siendo sacrilegio tan enorme?» Prosiguió Jesús en su silencio, haciendo tan poco caudal de los furiosos ademanes del Pontífice como de la frívola acusacion de los testigos. Tan segura vive la inocencia en el Alcázar superior de la verdad y de sí misma.

Viendo el Pontífice que Jesús con el arnés de su mansedumbre, burlaba sus industrias, quiso valerse de otro medio á su juicio invencible. Dijole pues: «No puedes ignorar que soy Vicario de Dios y su Lugarteniente en la tierra, pues me ves Pontífice legítimo de este pueblo suyo, y así con la Divina autoridad que represento te conjuro, y en nombre y virtud del mismo Dios, te mando que en presencia de este gran Concilio, nos digas claramente sin enigmas ni equivocaciones como acostumbras á responder, si verdaderamente eres Cristo y el Mesías prometido en nuestra ley; responde la verdad que tanto deseamos oír.

Jesús entonces respetando el nombre Santo de Dios, por el cual habia conjurado el Pontífice, aunque con ánimo perverso; y obedeciendo á la voz de aquella Sagrada Dignidad respondió sincera y claramente: «Tú has dicho que soy Cristo y Mesías, y eso es la verdad. Con esto he satisfecho á la pregunta que me hiciste en virtud y nombre de Dios. Pero añado ahora que si al presente me teneis ante vuestro tribunal como delincuente y reo y me tratais como facineroso, debiéndome adorar por vuestro Dios, vendrá tiempo en que vosotros mismos me veais sentado á la diestra del Padre, de su Poder y Majestad, cuando venga yo segunda vez al mundo como Juez universal de los hombres, formándome Tronos á los pies las nubes de los Cielos.

Apenas pronunció Jesús estas razones cuando Caifás en prueba del intolerable dolor que le causaban, rasgó aunque le esta-

ba vedado por la Ley en el Levítico, sus vestiduras Pontificales, diciendo: «Blasfemó, blasfemó; ¿qué necesidad tenemos de más testigos que nosotros, que por nuestros propios oídos hemos escuchado á este hombre blasfemia tan horrenda? ¿Qué os parece de esto? Decid llanamente vuestros votos.» A este requerimiento del Pontífice, todos los del Concilio (menos José Arimatia y Nicodemo, discípulos ocultos de Jesús, que valerosamente se opusieron á tan sacrilego furor) condenaron á Jesús; á que muriese, saliendo de aquel Consistorio fulminada esta sentencia. Jesús Nazareno es digno de muerte, por blasfemo contra Dios y se le debe dar conforme la Ley en el Levítico.»

CAPITULO XXV

PEDRO NIEGA TRES VEGES A JESÚS Y SE CONVIERTE



BIEN desamparó Pedro á Jesús luego que le vió prender de los Judíos y por entonces huyó á salvar la vida; á breve espacio de tiempo volvió en sí, y cobrándose de aquel cobarde asombro, movido del amor que tenia á su Maestro acordó seguirle los pasos, aunque de léjos, hasta ver en qué paraba su prision. Iba pues, llevando á la vista la tropa de gente no atreviéndose á llegar más cerca porque no le maltratasen si le conociesen, así por discípulo de Jesús, como por haber cortado la oreja á Malco, criado del Pontífice: con este recato le fué siguiendo hasta la casa de Anás, y de allí al Palacio del Sumo Pontífice Caifás, donde entraron á Jesús en la sala interior y principal, en que se habian congregado los vocales del Concilio para sustanciar su causa y definirla.

Acompañóse Pedro en esta ocasion de uno de los discípulos secretos de Jesús; porque de este linaje habia muchos que le eran afectos y abrazaban su doctrina, mas no tenían ánimo de declararse por temor de los Judíos. Al estruendo pues, con que á la media noche entraron en Jerusalem los que llevaban preso á Jesús, despertaron muchos y salieron de sus casas á asistir al suceso y fin de su prision; gobernados por motivos diferentes, unos de odio, otros de amor, algunos de curiosidad. Entre los demás salió este discípulo secreto de Jesús, y encontrando á Pedro lastimado de ver á su Maestro tratado con tanto rigor de los Judíos, se declaró con él; y sabiendo la intencion con que venia se le ofreció por compañero advirtiéndole para consolarle de la comodidad que tenia para entrar en el Palacio del Pontífice, que le conocia y trataba con amor, y por este respeto tenia familiaridad con sus criados.

Vinieron Pedro y el discípulo hasta la casa de Caifás, donde estaba congregado el Concilio, y quedándose Pedro en la calle entre la numerosa multitud, el discípulo como persona conocida